

LA PALABRA SE HIZO CARNE  
JN 1, 1-14



**I. INTRODUCCIÓN**

Los Paulinos nacimos para del Evangelio y para el Evangelio (AD 93), de la Palabra y para la Palabra y, por lo tanto, ella engloba toda nuestra existencia, nuestra vida y nuestra misión.

El origen de la sacramentalidad de la Palabra de Dios está en la encarnación (cfr. Jn 1,14). Por lo tanto, profundizar en esta encarnación es profundizar en nuestro mismo ser y quehacer.

Por eso, al inicio del *Año Bíblico Paulino* y al inicio de un nuevo año litúrgico, es justo comenzar por el principio, es decir, por lo más importante.

Vale la pena, ante todo, recordar el objetivo del *Año Bíblico Paulino*: “En camino con la Iglesia, renovarnos mediante la familiaridad, el estudio y la lectura orante de las Sagradas Escrituras, para vivir de la Palabra, de modo que ésta alcance a todos, especialmente las periferias existenciales y del pensamiento”.

Para las pautas de este mes sugerimos iniciar el itinerario del Año Bíblico considerando algunos aspectos de la Encarnación del Hijo de Dios según el evangelio de san Juan, así como algunos textos del magisterio la Iglesia y del Beato Padre Santiago Alberione.

**II. LA ENCARNACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS**

El Evangelio de Juan gira en torno a un tema fundamental: Jesús es el Enviado de Dios, la Palabra por excelencia, que vino a este mundo, se encarnó para hacernos conocer al Padre. Él no habla por sí mismo, sino que “da testimonio” de la Verdad que escuchó del Padre (cf. 1, 3. 11-13, 31-34), y toda su vida es una revelación de la “gloria” que recibió de su mismo Padre antes de la creación del mundo (17. 1-5).

Los destinatarios del evangelio de Juan tienen especial interés por la condición mesiánica de Jesús el Hijo divino preexistente, Palabra encarnada (cf. Jn 1,14; 4,29,7,25-29.41; 12, 34) y todo el evangelio será interpretado a la luz de los primeros versículos del capítulo 1, o sea, del prólogo que es como una puerta de entrada a todo el evangelio. En esta narración, el evangelista Juan presenta al hombre Jesús de Nazaret como aquel que, antes de la encarnación, era un ser divino que existía con Dios desde la eternidad y que en distintos pasajes del relato



joánico se acuerda acontecimientos que sucedieron en su época preexistente (cf. Jn 8,14.58; 17,5).

Jesús es la Palabra o “Logos” y en Jn 1,1-14 el término está influido por las tradiciones bíblicas judías acerca de la Palabra y Sabiduría de Dios, que muchas veces se presentaban como el agente que cumple los designios de Dios, por ejemplo, en Sab 9,1-2: “Dios de nuestros padres y Señor de la misericordia, que con tu palabra creaste el universo y con tu sabiduría formaste al hombre”.

La afirmación de Jn 1,1, “La Palabra era Dios” va más allá de la tradición sapiencial, porque la Sabiduría se encuentra íntimamente asociada a las obras de Dios en pasajes como Sab 10,1 –11,1, donde se le relaciona con la historia de las intervenciones salvíficas y reveladoras de Dios en los relatos del AT.

“Todo fue hecho por ella” (Jn 1,3), al atribuir este papel central a la palabra en la creación, se afirma la importancia cósmica de Jesús en todo el conjunto de designios divinos (cf. Heb 1,2; Col 1,15-16; 1Cor 8, 6).

De la palabra se dice que “En ella era la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1, 4) la palabra “Vida” aparece 36 veces en el Evangelio de Juan (de 133 en el NT) y se asocia con la luz, un término que define la relación de Cristo con los hombres: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12; cf. Sal 36.10). Se comprende a Dios como la fuente perenne de una vida plena y segura, así la vida tiene prioridad sobre la luz. La vida de Dios hacia la que todo hombre aspira se hace luz en Jesucristo y el evangelista lo manifiesta al final del evangelio como motivo para anunciar la buena noticia: “Estas fueron escritas para que creas que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y creyendo, tener vida en su nombre” (20,31, cf 1Jn 1,1-2).

Jesús es la palabra hecha carne en el mundo y en la historia (Jn 1,14), Dios se ha hecho débil, se despojó de su condición divina (Fil 2,6-8). Por la fuerza de la palabra, lo divino se manifiesta en lo humano, como en el AT la presencia de Dios se manifestaba en la tienda o en el Templo, eran manifestaciones figuras de esta realidad encarnada en Cristo. Así que la carne de Cristo es el instrumento racional y vivo con el que Dios se acerca al hombre para comunicarse y amarlo.

La Palabra puso su tienda, “habitó” entre nosotros, entre todos aquellos que participan de su condición de carne, los que le han aceptado y contemplan su gloria. Gloria en el AT significa la realidad de la persona que se expresa en toda la plenitud de su ser. Contemplar la gloria de Cristo significa que en todas sus actuaciones se ha mostrado como aquel a quien le pertenece toda la realidad de Dios.

A partir de aquí, el evangelista ya no hablará del Logos o de la Palabra, sino del Hijo y dará siempre el nombre de Padre a Dios. Jesús es para el hombre la

manifestación de la gloria del Padre y les comunicará todo cuanto ha visto y oído de Él.

### III. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

#### *Dios en diálogo<sup>1</sup>*

6. La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros. La Constitución dogmática *Dei Verbum* había expresado esta realidad reconociendo que «Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía». Sin embargo, para comprender en su profundidad el mensaje del Prólogo de san Juan no podemos quedarnos en la constatación de que Dios se nos comunica amorosamente. En realidad, el Verbo de Dios, por quien «se hizo todo» (Jn1,3) y que se «hizo carne» (Jn1,14), es el mismo que existía «in principio» (Jn1,1). Aunque se puede advertir aquí una alusión al comienzo del libro del Génesis (cf. Gn 1,1), en realidad nos encontramos ante un principio de carácter absoluto en el que se nos narra la vida íntima de Dios.

El Prólogo de Juan nos sitúa ante el hecho de que el Logos existe realmente desde siempre y que, desde siempre, él mismo es Dios. Así pues, no ha habido nunca en Dios un tiempo en el que no existiera el Logos. El Verbo ya existía antes de la creación. Por tanto, en el corazón de la vida divina está la comunión, el don absoluto. «Dios es amor» (1 Jn 4,16), dice el mismo Apóstol en otro lugar, indicando «la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino». Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las Personas divinas y nos invita a participar en él.

Así pues, creados a imagen y semejanza de Dios amor, sólo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo y en la docilidad a la obra del Espíritu Santo. El enigma de la condición humana se esclarece definitivamente a la luz de la revelación realizada por el Verbo divino.

#### *Analogía de la Palabra de Dios*

7. De todas estas consideraciones, que brotan de la meditación sobre el misterio cristiano expresado en el Prólogo de Juan, hay que destacar ahora lo que los Padres sinodales han afirmado sobre las distintas maneras en que se usa la

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, Sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, Roma 2010, Verbo Divino, 15-19.

expresión «Palabra de Dios». Se ha hablado justamente de una sinfonía de la Palabra, de una única Palabra que se expresa de diversos modos: «un canto a varias voces». A este propósito, los Padres sinodales han hablado de un uso analógico del lenguaje humano en relación a la Palabra de Dios. En efecto, esta expresión, aunque por una parte se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo, por otra asume significados diferentes que han de ser tratados con atención y puestos en relación entre ellos, ya sea desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral. Como muestra de modo claro el Prólogo de Juan, el Logos indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios. Pero esta misma Palabra, afirma san Juan, se «hizo carne» (Jn1,14); por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros. Así pues, la expresión «Palabra de Dios» se refiere aquí a la persona de Jesucristo, Hijo eterno del Padre, hecho hombre.

Por otra parte, si bien es cierto que en el centro de la revelación divina está el evento de Cristo, hay que reconocer también que la misma creación, el *liber naturae*, forma parte esencialmente de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo. De modo semejante, confesamos que Dios ha comunicado su Palabra en la historia de la salvación, ha dejado oír su voz; con la potencia de su Espíritu, «habló por los profetas».

La Palabra divina, por tanto, se expresa a lo largo de toda la historia de la salvación, y llega a su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. Además, la palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15), es Palabra de Dios. Por tanto, la Palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia.

La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la Palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada. Todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, aunque la fe cristiana no es una «religión del Libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo». Por consiguiente, la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar.

Como afirmaron los Padres sinodales, debemos ser conscientes de que nos encontramos realmente ante un uso analógico de la expresión «Palabra de Dios». Es necesario, por tanto, educar a los fieles para que capten mejor sus diversos significados y comprendan su sentido unitario. Es preciso también que, desde el

punto de vista teológico, se profundice en la articulación de los diferentes significados de esta expresión, para que resplandezca mejor la unidad del plan divino y el puesto central que ocupa en él la persona de Cristo.

#### IV. DE LOS ESCRITOS DEL BEATO P. SANTIAGO ALBERIONE

##### a) *El evangelio según san Juan*<sup>2</sup>

Los testimonios de los Padres afirman unánimemente que el apóstol san Juan escribió su Evangelio después de los otros tres, ya anciano, en los últimos años del siglo I, en Éfeso, contra los que negaban la divinidad de Cristo y para demostrar con hechos que Jesucristo es hijo de Dios y Mesías. Lo que afirman los Padres lo confirma el análisis del cuarto Evangelio con su armoniosa unidad al prescindir, para su tesis, de muchas cosas útiles dándolas por sabidas pues se encuentran en los sinópticos, a los que completa.

El cuarto Evangelio demuestra que su autor es un hebreo que ha vivido mucho tiempo en Palestina, ha formado parte del colegio apostólico y escribe para los gentiles y entre los gentiles, cuando el pueblo hebreo ya no es un pueblo; demuestra también que su autor es un testigo ocular. Y un testigo con todos los detalles a los que hemos aludido no puede ser otro que el apóstol san Juan Evangelista. Esta es una afirmación de todos los Padres de la antigüedad, y hoy, después de un siglo de luchas, ningún crítico serio niega a san Juan la paternidad de este libro único en las literaturas del mundo, un Evangelio sublime, digna corona de los sinópticos, la más hermosa historia de Jesús, escrita con la pluma del amor.

Sólo Juan podía escribir el cuarto Evangelio, «que supera las regiones de los ángeles y va derecho a Dios» (Agustín); sólo Juan, que sintió las palpitaciones del corazón de Jesús, que admiró la dulzura de la Virgen Madre y al que se le abrieron los arcanos celestiales, pudo escribir las maravillas del cuarto Evangelio. El apóstol que acercó su oído al corazón de Jesús y percibió sus palpitaciones, meditó durante muchos años las palabras del Maestro, y sus palabras divinas, después de tanto tiempo, brotaron enamoradas de su corazón y brillaron con todo su esplendor de luz y misterio.

Así Juan, palpando la realidad espiritual de los hechos, se convirtió en el verdadero historiador de Cristo, dejando a los sinópticos la gloria de ser sus cronistas, mientras que él los acredita con el propio escrito, les sublima haciéndoles hablar divinamente, y por eso se le representa con el águila que vuela en los cielos...

---

<sup>2</sup> ALBERIONE, S., *Leed las Sagradas Escrituras*, Sociedad de San Pablo, Casa General 2004, 234-235.

b) *LA SAGRADA ESCRITURA Qué es – Qué culto le debemos – Cómo leerla*<sup>3</sup>

Ayer tuvimos otras bendiciones y entronizaciones del santo Evangelio en los varios locales. Esta mañana veremos qué es la sagrada Escritura; qué culto debemos a la sagrada Escritura; cómo leer la sagrada Escritura.

1. La sagrada Escritura es el gran libro de la humanidad: el autor principal es Dios; los hagiógrafos son autores secundarios; como en la misa, donde tenemos el ministro principal, Jesucristo, y el ministro secundario que le presta, por decirlo así, su lengua y sus manos.

La Biblia se llama libro divino por su autor principal, y luego porque enseña cosas divinas, adaptadas a todos los hombres. La sagrada Escritura es un libro inspirado [cf. 2Tim 3,16], y esto es artículo de fe (concilio de Trento).

Nosotros debemos poner y tener la Biblia, particularmente el santo Evangelio, en debido honor; la Iglesia nos hace besar e incensar el Evangelio. La Iglesia –dijo León XIII– considera sagrados los libros de la Biblia porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor; Dios asistió a los hagiógrafos de modo tal que ellos escribieran sólo lo que él les inspiraba (diversamente los libros sacros no tendrían a Dios por autor).

En una biblioteca, el rey de los libros es la sagrada Escritura. Quien hace el apostolado de las ediciones, ha de tener la Escritura en el debido honor, inspirarse en ella e imitarla. Nada puede hacerse mejor que imitar a Dios al escribir.

2. ¿Qué culto le debemos a la sagrada Escritura? Un culto de inteligencia, un culto de voluntad y un culto de sentimiento, de corazón. Hay que creer a las palabras de la Escritura, a las sentencias, a cada una de las partes, con fe católica, con fe cristiana, con fe sencilla y fuerte. Uno que hubiera leído muchos libros y no hubiese leído la sagrada Escritura, se merecería el reproche que Dios hizo a san Jerónimo al decirle: «Tú eres ciceroniano, no cristiano».
3. ¿Cómo leerla? ¿Cómo interpretarla? Los comentarios de la Biblia deben hacerse según el espíritu de la Iglesia, porque ésta es la depositaria de la verdad y ha sido destinada por Dios para amaestrarnos. Es verdad que leyendo la sagrada Escritura tenemos luces particulares, pero nosotros solos no sabemos distinguir entre estas luces las que vienen de Dios y las que no. Es la Iglesia quien debe decírnoslo; la guía es la Iglesia, los editores no son

---

<sup>3</sup> ALBERIONE, S., Para una renovación espiritual, Sociedad de San Pablo, Casa General, Roma 2005, 89-90.

inspirados; en efecto, la Iglesia no deja imprimir la Biblia a cualquier tipógrafo. Hay que rechazar, pues, toda Biblia que no tenga ese respaldo. Esto significa leer la Biblia con fe católica. Además debemos leer la Biblia con fe cristiana: La Escritura nos habla de Jesucristo. El paso que dice: «Misit me evangelizare pauperibus» (Lc 4,18) Jesús se lo apropió justamente. Con fe sencilla. Cuando leemos la Escritura, no hemos de hacerlo con espíritu de crítica, sino con sencillez; como lee el hijo la carta del padre, sin hacer el análisis gramatical; como se come en la mesa el pan, sin hacer el análisis químico (éste se hace en los laboratorios). Con fe fuerte. La Iglesia, durante la santa misa, nos manda levantarnos [estar de pie] al leerse el Evangelio, para demostrar que estamos dispuestos a confesar nuestra fe, a defender el Evangelio. De aquí la gran variedad de libros de apología y de cultura. Alrededor de la Biblia hay como una irradiación de otros libros. La Biblia ilumina toda otra ciencia, incluso las que parecen muy alejadas de ella.

*Examen.*

¿Cómo tenemos el Evangelio? ¿Cuánto lo estimamos? ¿Cómo lo leemos? ¿Qué fruto sacamos de su lectura? ¿Cuántas veces el Señor ha hablado a sordos! Alabemos al Señor que nos ha dado la sagrada Escritura. Cantamos el «Laudate Dóminum, omnes gentes».

Sin duda, algunas de las ideas más originales del P. Alberione son aquellas de encarnar el Evangelio en nuestra propia vida y en nuestra misión.

*a) Encarnar el Evangelio en nuestra propia vida*

A pesar de que en tiempos del P. Alberione el acceso a la Biblia estuvo prohibido para la mayoría de los católicos, todo parece indicar que el acceso a los evangelios nunca lo estuvo. Esto parece haber jugado a favor del P. Alberione, que decidió llevarlos consigo a todas partes (AD 144) y que la formación y misión de los primeros paulinos se centrara casi exclusivamente en ellos (AD 136), de manera especial en el Evangelio de san Juan, de donde extrajo gran parte de su espiritualidad centrada, sobre todo, en Jesucristo Camino, Verdad y Vida (AD 93)<sup>4</sup>.

*b) La “palabra encartada”*

La convicción de que la Biblia y el Evangelio debían ser difundidos por todos los medios modernos disponibles llevó al P. Alberione a tener la intuición de una cierta continuidad sacramental entre Cristo Verbo Encarnado y Cristo Verbo

---

<sup>4</sup> Cfr. P. FRANCO PIERINI, “El P. Alberione y la Biblia”, en *Compartir el Pan de la Palabra, Dossier para el año bíblico paulino 1991-1992*, Roma 1991, 13.

“encartado” (empapelado) en la Biblia, sobre todo cuando se hace por medio del Apostolado de la Buena Prensa.

Pero el P. Alberione fue todavía más allá, al comparar la forma en la que la Virgen María dio a luz a Jesús (*edidit nobis Salvatorem* en latín), con el trabajo que se hace al editar un libro, una revista, el guion de una película, preparar un programa de televisión o de radio<sup>5</sup>. La “edición” incluye el concepto artístico, el estudio para producir el objeto que sea, a la vez, litúrgico y artístico (*Pens.* 355).

#### V. PARA REFLEXIONAR

¿Cómo tenemos el Evangelio?

¿Cuánto lo estimamos?

¿Cómo lo leemos?

¿Qué fruto sacamos de su lectura?

Como Paulino o Paulina ¿Cómo encarno la Palabra en la vida cotidiana y en apostolado? ¿Qué dificultades se me presentan?

En este Año Bíblico ¿Cuál es el empeño personal para dar a conocer la Palabra de Dios?

CENTRO DE ESPIRITUALIDAD PAULINA  
MÉXICO-CUBA

---

<sup>5</sup> P. FRANCO PIERINI, “El P Alberione y la Biblia”, 19.